

Entrevista: John Neschling

Cómo conducir una orquesta ejemplar

El director de la Sinfónica de San Pablo revela las claves de su exitosa gestión

Martes 30 de octubre de 2007 | Publicado en la Edición impresa

Más allá de los méritos individuales por los que se destaquen algunos de sus instrumentistas, es lamentablemente difundida en el mundo la mala imagen de las orquestas latinoamericanas. Se las tilda de poco profesionales, conflictivas e indisciplinadas. En el caso argentino, lejos quedan los gloriosos años en que los más grandes directores del mundo empuñaban sus batutas para ponerse al frente de, por ejemplo, una orgullosa orquesta del Teatro Colón.

Hoy en día, las celebridades de la dirección no arriesgan su fama en conciertos con estos organismos que consideran malos y sólo suben a nuestros escenarios cuando llegan a ellos de gira con sus propias orquestas. Sea como fuere, el comentario no pretende contribuir al pesimismo con que se las mira desde afuera, sino más bien invitar a conocer (e imitar, en lo posible) una respuesta al eterno interrogante de cómo revertir la inercia de un círculo siempre vicioso. El ejemplo lo da la Orquesta Sinfónica del Estado de San Pablo (Osesp), a cargo de su director artístico, el brasileño John Neschling, que en esta charla -previa a su tercera visita al país- revela su fórmula para construir una orquesta en América latina. La Osesp se presentará en la temporada del Mozarteum junto al violinista canadiense James Ehnes como solista, hoy y pasado mañana, en el teatro Coliseo.

-¿La Osesp es una excepción en América latina?

-Lo que conseguimos sólo es posible en países como los nuestros. No sería pensable hacer algo así con la orquesta de Viena o Berlín en el sentido de que aquí está todo por hacerse. Yo creé todo de la nada y, aunque suene poco modesto, no existe en América latina una estructura orquestal tan bien construida y administrada como la Osesp. Somos una isla para Brasil y para todo el subcontinente.

-¿Cómo lograron ese resultado?

-Por una combinación de esfuerzos del gobierno, los músicos y el mío propio, de la sociedad que invirtió mucho dinero en este proyecto y del coraje de los políticos en construir la sala.

-¿De dónde surgió el impulso para que confluyeran esos esfuerzos?

-¿Sabe que no lo sé? Creo que hay momentos estelares en que coincide que hay un gobernador que necesita una orquesta, hay una orquesta arruinada y un director que acepta trabajar con ella. No hay una fórmula para que eso confluya, pero sí la hay para construir una orquesta: dinero, voluntad política y poder. Hoy somos una fundación privada que tiene un contrato de gestión con el gobierno, por el cual nos da el 75 por ciento del presupuesto. El resto es privado. Manejamos un presupuesto de más de 28 millones de dólares por año y si piensa que un 25 por ciento de eso es privado, es una maravilla para América latina.

-Y también para Europa, donde las orquestas son subvencionadas sin demasiados aportes privados Es un modelo más norteamericano.

-Sí, para los Estados Unidos es frecuente. Hay que tener leyes de incentivo fiscal porque el mecenazgo del siglo XVIII ya no existe y la gente pone dinero cuando recibe a cambio reducción de impuestos y prestigio. Para los impuestos son necesarias las leyes; para el prestigio, un buen producto. Nadie se asocia con un organismo que toque mal o no tenga público.

Espectáculos Tenemos 11.500 abonados y tocamos tres veces por semana, a sala llena.

-¿Cómo conquistaron esa voluntad política que menciona?

-Con convicción en los objetivos. La orquesta estaba en un estado lastimoso y los gobernantes debían decidir qué hacer. Entre las opciones estaba la posibilidad de hacer una nueva orquesta. Me llamaron a Europa; primero dije que no. Luego puse condiciones: una sala nueva, un pago decente a los músicos y la posibilidad de exigirles el mayor nivel.

-Esa suele ser la principal traba para romper un círculo vicioso: exigir rendimiento.

-El problema es cuando hay músicos efectivos que no se pueden echar. Después está ese sindicalismo idiota y exagerado. El corporativismo no permite que mejore la orquesta y gran parte de los músicos se niega a cambiarlo por miedo a que la mediocridad salga a la luz. La solución es drástica y dura.

-¿Dónde encontró la punta de ese enmarañado ovillo?

-Lo primero es pagar bien. En cuanto se paga, se puede exigir. Empecé por pagarles y darles condiciones de trabajo de primera calidad. Después exigí audiciones. Quien no quiso darla o no la pasó, quedó en una orquesta B. Esos músicos no perdieron nada, porque no fueron obligados. Pero los que pasaron la audición ganan mucho más. No son estables, tienen un contrato de trabajo, reciben doce salarios más uno, tienen vacaciones pagas, un fondo de garantía, seguro de salud y demás derechos. Al músico no se lo puede echar porque sí. Pero si no toca bien, se atrasa todos los días y falla en los conciertos, hay penas disciplinarias muy claras y puede ser echado. Mi orquesta es ejemplar en materia de disciplina.

-¿Cómo serán las presentaciones en Buenos Aires?

-Haremos dos grandes obras: la 5ª *Sinfonía*, de Shostakovich, y la sinfonía *Manfred*, de Tchaikovsky, que es muy poco tocada. Es una pieza dramática más que sinfónica, basada en una obra literaria y parecida entonces a un poema sinfónico. Maravillosamente construida, muy expresiva y con todo el melodismo de Tchaikovsky, pero sin el trabajo formal de una sinfonía.

-Cuando la Osesp suba al escenario, ¿qué se pondrá en evidencia de lo que ha contado?

-La calidad técnica. Tenemos una orquesta muy capaz, esencialmente virtuosa y técnicamente muy preparada.

**Por Cecilia Scalisi
Para LA NACION**